



10 céntimos

Núm. 3

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.
¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.
Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victo-

riano Reinos de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.
El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo.—Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.
Misericias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Rullop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Pícolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.
Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.
Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.—Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.
Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.—Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.
La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.
Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los ciclos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimi y C.^a
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Ángel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imercia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado ó La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Ángel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Ángel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
2.ª—Los Naufragos de «El Elthen» (5 id.)
3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 id.)
4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 id.)

Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
6.ª—Un drama en un Globo (4 id.)
7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 id.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.—BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.



Croniquilla

Nos hemos enterado de un lío triple que tiene la gracia por arrobos.

Se trata de dos amigos, casados y *tal*, de esos que se la pegan á sus mujeres y . . . *tal*.

No hace muchos días se vieron en el casino los calaveras y demostrando un inaudito descaro se hablaron de este modo:

- ¿Quieres algo para San Sebastián?
- ¿Vas solo, ó con tu mujer?
- ¿Con mi mujer? ¿Estás loco? Voy con mi querida á tomar los baños.
- Haces muy bien, chico.
- ¿Y tú te quedas?
- Sí, por ahora no salgo de aquí.
- Pues ámate y allí te espero.

Así hablaron los dos amigos; y mientras el uno se marchó contento en busca de su alegre compañera de viaje, el otro se frotó las manos diciendo:

- ¡Magnífico! Se larga y me deja tranquilo con su mujer por una temporada.

¿Se van ustedes enterando?

Pero la cuestión es vivir bien y lo demás son cuentos.

Carlos, que es el veraneante, pasea del brazo con su traviesa amiga por la playa de San Sebastián y no falta quien diga al verle:

- Ahí tienen ustedes un hombre dichoso, elegante, guapo, con dine-





ro, y con una chica que vale un mundo.

Y todo esto parece que lo presente el grandísimo tuno, y se pavonea, y hasta mira por encima del hombro á las demás personas.

¡Pobrecillo! No sabe que quizá á la misma hora en que él pasea después del baño con la Julianita, su verdadera esposa se baña sin salir de casa en presencia de su amigo del alma.

Esto quiere decir, queridísimos lectores, que donde las dan las toman, ó que amor con amor se paga, y aquel que á hierro mata á hierro muere.

Tres ó cuatro refranes muy aplicables ¿verdad?

Pero el lío no termina aquí. ¡Quiá! Tiene otra importantísima ramificación.

El traidor amigo de Carlos, también es casado, con una mujer de primer orden.

¿Y qué dirán ustedes que ha hecho el muy pillo?

Mandarla al pueblo con unos tíos suyos, para que le deje gozar á sus anchas con la mujer de su amigo. ¿Y qué dirán ustedes que ha hecho la esposa de este monstruo?

Pues al enterarse de que su marido la mandaba al pueblo, le escribió á su primo, un joven la mar de fogoso y enamorado, para que viniera á acompañarla en el viaje.

Y se han ido en reservado, como si se tratara de una luna de miel.

Y no han tenido paciencia para llegar al pueblo, según lo escandalizado que estaba el revisor de billetes.

¡Anda, anda!

Tomad, conquistas é infidelidades conyugales. Dios castiga y no con palo, cada uno es cada uno, no la hagas y no la temas, el que mal anda mal acaba y, sobre todo, lo que no quieras para ti, no lo quieras para nadie.

Y basta de refranes.

Ahora ustedes dirán lo que les ha parecido este triple lío. Un lío de verano con tres *frescas* y otros tantos *frescos*...

Pero vayan ustedes á preguntar á todos y de seguro les dirán:

—¿Que si nos hemos divertido? Una barbaridad.





La morronga y el morronguito



EL sacristán del convento de las Ursulinas, tenía una mujer, que si no era una preciosidad, tampoco se la podía considerar como mal bocado.

Pero el sacristán era viejo, y Colás, un zagalón que servía de monaguillo y además repicaba las campanas, era tan

pillastre y tan simpático, que acabó por hacerse el amo de aquella casa, contando desde luego con la protección de Curra, la mujer del viejo.

—Mira, Colás,—le dijo la sacristana un sábado por la tarde.—Esta noche, cuando subas á dar el último repique en la torre, allí estaré yo...

—¡Ay, señá Curra!—dijo el muchacho rascándose la cabeza;—me va usté á ayudar en el repiqueteo.

—Eso según lo cansado que te encuentres.

—¿Y se lo dirá usté al señor Matías?

—¿Calla, burro? ¿No ves que nos mataría de una paliza?

—Entonces, me escamo, porque si se da cuenta de algo y sube á la torre...

—En ese caso, tú harás lo que yo haga y punto concluído.

—¿Y qué he de hacer?

—Pues nada, fingir que estamos embrujados; y como el señor Matías cree en esas cosas y además hoy es el día en que, según él, salen las brujas por los aires...

—¡Ay, señá Curra, qué cosas dice usté!

—No seas tonto y haz lo que yo te diga. ¿Tendrás miedo?

—¿Miedo yo? Por usté soy capaz de to.

—Bueno, pues luego lo veremos.

—Hasta luego.

Ya podrán ustedes figurarse cuáles eran las intenciones de la tal Curra.

Y sin cejar en su propósito, cuando la campana sonó tocando á vísperas, la sacristana subió hasta el primer piso de la torre, donde ya le esperaba el monaguillo al pie de la escalera del campanario.



—¿Es usted, seña Curra?—preguntó el chico en voz baja.

—Yo soy, tontucio... pero no me hables de usted.

—¿Pero será verdá que está usted por mí?

—Miren el presumido. ¿Y tú por quién estás?

—Toma, demasiao que lo sabe usted... digo... que lo sabes tú.

—Anda, ven, siéntate aquí, á mi lado, y dime todo lo que sientes por mí.

—Pues yo siento una porción de cosas raras; sueño todas las noches con esos ojos y con esa boca que, con perdón de usted, digo, de ti, me la como á besos...

—¡Ay, Colás!—Eso de comer, me parece demasiado...

—Pues así es.

—¿Y serías capaz de abandonar el pueblo conmigo?

—Ya lo creo. Contigo voy yo aunque sea al infierno...

Y entre estos diálogos y entre caricias de las más íntimas, se pasaron los amantes más de hora y media, sin cuidarse para nada de las campanas.

—¿Se habrá dormido Colás por allá arriba?—pensó el tío Matías.

Y cogiendo un candil subió á la torre, quedándose sorprendido al encontrar allí á su esposa mano á mano con el monaguillo

Esta, al ver la cara de estúpido que presentaba el sacristán, se desprendió de los brazos de Colás, y dando saltos comenzó á gritar:

—¡Garabito, Garabito, vuela, ven con la corneja y el mochuelo; vuela, Garabito!...

Y sin esperar más, se arrojó por la ventana de la torre.

El pobre sacristán se quedó como una estatua.

Y el monaguillo al oír que desde afuera seguía la voz de la sacristana, diciendo:

—Ven, ven Garabito, sígueme, vuela, ven, ven...

No esperó más el muchacho y se arrojó por la misma ventana.

* * *

Cuando el bueno del sacristán pudo reponerse del susto, que fué al cabo de un buen rato, bajó á su casa y allí se encontró á su esposa arreglando el lecho como si no hubiera pasado nada.

—¿Pero no estabas en la torre?—preguntó el tío Matías.

—¿Pero tú estás loco? ¿En cuántas partes quieres que esté?

—¡Ay, Curra mía! Estoy embrujado y tú también.

—¿Pero qué diablos dices?

—Nada; que ahora mismo me voy á la iglesia á santiguarme con agua bendita.

Y cuando el señor Matías dejó sola á su mujer, asomó Colás la cabeza por el portón del patio, diciendo á la vez entre risueño y asustado:

—Oye, Curra. A otra noche pon, si puedes, un colchón más al pie de la ventana, que aun me resiento de las costillas.



Ante el espejo

EN cierta ocasión se encontraba Arturo esperando á que Aurelia, su esposa, terminara de darse los últimos toques frente al espejo.

—Pero, hija mía,—exclamó el marido.—¿Acabarás de una vez?

—¿Pero, hijo, te figuras que esto es cualquier cosa?—contestó Aurelia sin apartar la vista del espejo.

Estaba hermosísima.

—Cuando lleguemos al baile ya estará todo terminado.

—Mejor; así no nos cansaremos, y además no seremos criticados.

—Pues, si te parece, no saldremos.

—Por mi parte ..

—¿De modo que ahora que estás vestida y arreglada, no te da cuidado quedarte?

—Ya lo ves.

—Pues no salgamos... pero es el caso que nos vamos á aburrir soberanamente.

—¡Ca, hombre! Ya verás como te distraigo deshaciendo lo hecho.

—No comprendo...

—Ven y ante todo dame un abrazo aunque me arrugues el vestido, que más vale que seas tú que cualquier mono de los que hubieran bailado conmigo.

—Eres angelical, Aurelia,—exclamó Arturo arrojándose en los brazos de su mujer.

—Y tú el mejor de los hombres.

—Pero sepamos qué espectáculo ó qué cosa es esa que me preparas.

—Ahora lo vas á ver.

Y Aurelia hizo sentar á su esposo frente á otro espejo del gabinete inmediato.

—¿Vas á hacer salir algo del mágico cristal?—preguntó sonriendo.

—Y tanto que voy á hacer salir; como que saldré yo misma. Verás á tu mujercita quitándose estos adornos y apareciendo poco á poco tal y conforme tú la soñabas antes de casarte.

—Ya empieza por gustarme el programa.

—Pues allá va la sinfonía.

Y Aurelia desabrochó el cuerpo de encajes, dejando al descubierto una espalda tentadora.

Después dejó caer la crujiente falda de seda, saltando fuera con una agilidad pasmosa.

—¿Qué tal estoy así?—exclamó Aurelia, sentándose sobre las rodillas de su marido.

—Mejor que con esos atavíos.

—Pues aun me encontrarás más á tu gusto.

Arturo imprimió un beso en la boca de su mujer y ésta siguió su tarea como si estuviese sola.

—¿Supongo que seguirás mirando al espejo?—preguntó la coqueta sentada en una silla y



levantando un poco la enagua para quitarse un zapato.

—Miro unas veces al espejo y otras á ti.

—¡Ah, pilló! De ese modo te figuras que tienes dos mujeres.

—No seas mal pensada y continúa la función.

—¡Carambal Parece que te ha gustado.

—Me va gustando... pero sí se hace muy pesada .

—¿Te dormirás? Bueno, ya te despertarás cuando llegue la apoteosis.

—¿También apoteosis?

—Y de las de sensación.

—Aurelia se había quedado en pantalones y se disponía á seguir quitándose prendas.

Y aunque Arturo llevaba algunos meses de casado, debemos confesar que se encontraba casi como la primera noche de novios.

Nunca había visto tan resuelta á su mujer.

Ni todavía había tenido tiempo de apreciar ciertos ocultos detalles de su media naranja.

—Esto se acaba,—murmuró Aurelia presentándose casi desnuda frente al cristal del espejo.

—No; esto va á empezar ahora,—exclamó Arturo levantándose.

—Alto, amigo mío. La función tiene tres actos y sólo va uno.

—¿Pero, mujer!

—No hay mujer que valga.

Ahora me siento yo en el sillón que has dejado y tú te desnudas para que yo te vea como tú á mí.

—Vamos, Aurelia, tú estás loca.

—Nada, es un capricho. ¿Me lo vas á negar?

—Sea lo que tú quieras.—exclamó Arturo vencido por su mujer.

Y entre risueño y mal humorado, dió principio al segundo acto.

Este fué cómico en extremo hasta que, una vez Arturo en calzoncillos, soltó Aurelia el trapo á reir como una loca.

—¿Te estás divirtiendo conmigo?

—¡Claro! En mi vida he visto una facha tan ridícula.

—Es natural. ¿Qué quieres que parezca un hombre en paños menores delante de un espejo?

Aquí Aurelia se incorporó, y dirigiéndose á su marido, exclamó:

—Ahora comprenderás el por qué la mujer puede estar horas enteras contemplando su imagen aunque sólo sea para presentarse bien á los ojos de su marido.

—De modo que esta comedia...

—Ha sido para que otra vez no me des tantas prisas cuando me esté arreglando.

Y como el acto iba siendo ya largo, se cambió la decoración por la de una alcoba, y allí terminó el espectáculo.



La ninfa del mar

A NOCHE me acosté soñando con el calor, que, por cierto, era excesivo; y claro, como en sueños cuesta poco trabajo viajar, me vi trasladado en un momento á una deliciosa playa de... no sé dónde.

Era de noche... la luna daba á aquellos lugares un tinte de poesía que convidaba á soñar.

Razón por la cual se me agarró más el sueño.

En una roca sobre la que el mar batía sus olas produciendo un murmullo encantador, me dejé caer como en el mueble más cómodo y extendí la vista sobre la inmensa sábana azul y plata.

Puedo asegurar que jamás mis ojos habían admirado nada tan fantástico.

Poco á poco fuí escudriñando por aquellas semi-obscuridades, y una vez acostumbrada mi vista, descubrí, ¡oh prodigio!, una ninfa hermosísima, tendida negligentemente sobre un puñado de espuma.

Sus palpitantes carnes se confundían con la blanca de plumón que le servía de lecho.

Las aguas apenas se movían, procurando no molestar á la soberana de los mares...

Pero yo no participé de la opinión del mar, y atraído por tanta belleza, me levanté de la roca y anduve sobre las transparentes aguas como por un camino cualquiera.

—Esto es milagroso,—pensé.

Y seguí andando hacia la ninfa, con unas intenciones tremendas...

Porque debo advertirles, que en asuntos de amor soy terriblemente atrevido.

¡La conquista de una ninfa sobre la espuma del mar!

¡Ahí es nada!

Este hecho sólo me bastaba para subir por encima de *Don Juan Tenorio*.

Pensando todo esto y viendo como nadaban bajo mis pies millares de monstruos y peces de colores, llegué hasta la ninfa que permanecía alertargada.

Mi primera intención fué ladear la espuma y caer de rodillas á su lado; pero la presentación me pareció algo brusca.

Y me decidí por darle un suave golpecito en la espalda.

—Aquí me tienes, diosa mía, dispuesto á que hagamos un cambio,—le dije.—Tú me haces feliz y yo te hago dichosa. ¿Qué tal?

La ninfa hizo un movimiento, las aguas balancearon su cuer-

po voluptuosamente, pero no contestó una palabra á las mías.

—¿No me habrá entendido?—pensé.

Y continué de este modo:

—Ya había llegado por estas regiones el refrán que dice: que el que calla, otorga. Y puesto que, reina de mi alma, no dices esta boca es mía, demostrando así que no te sirve para nada, yo la voy á sellar con un beso. Toma.

Y estampé un ósculo sobre aquellos labios de coral, los cuales

se abrieron como una flor, dando al aire un ronquido formidable.

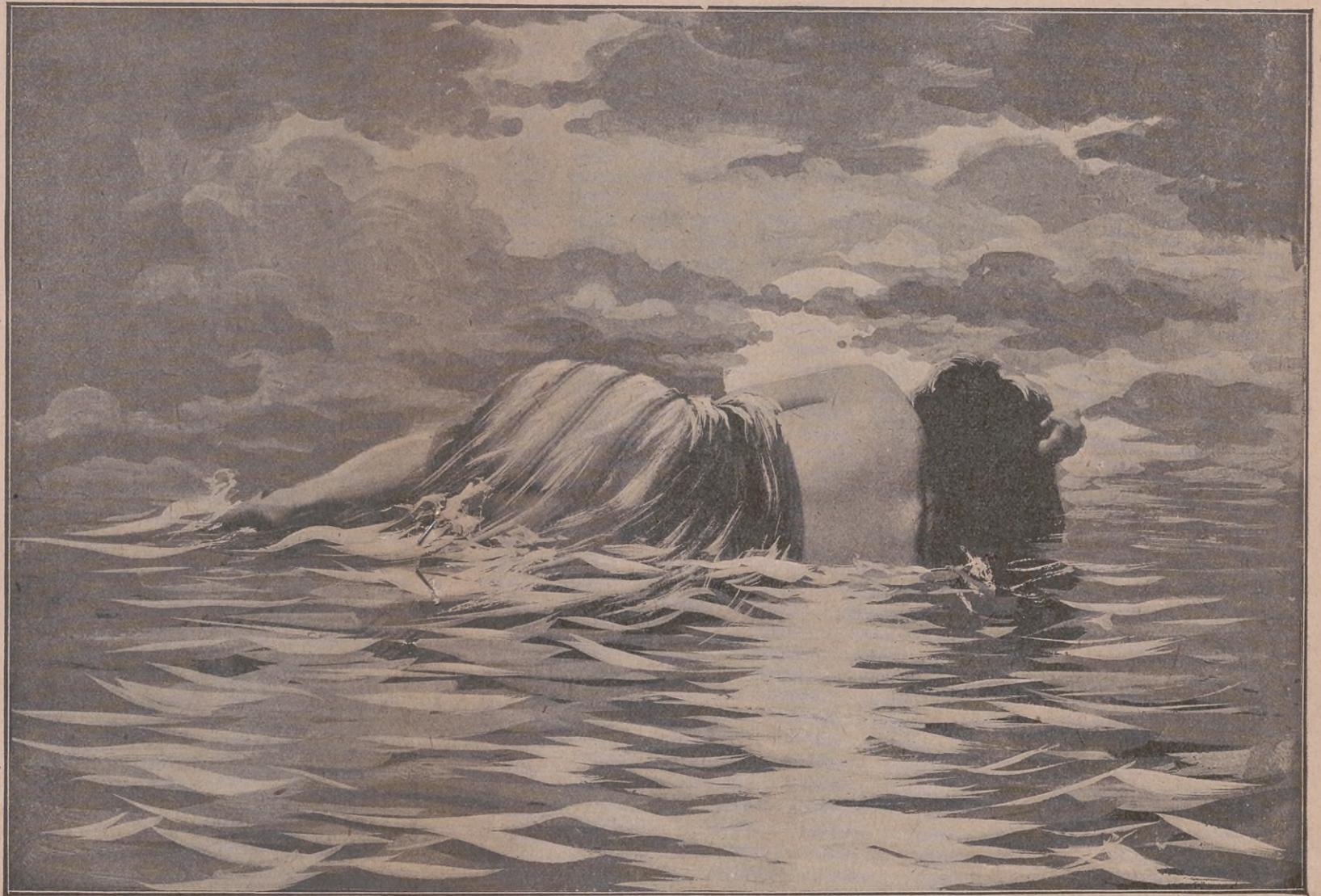
Esto me despertó, y me encontré con mi mujer al lado...

De la fantástica playa me vi trasladado á mi antipática cama, sin más ninfa que mi esposa, y sin más arrullo que el de los mosquitos.

¡Horror!

Desde esta noche pienso dormir aparte.

ALEJANDRO ARDIT



Cuestión de elecciones



Cuando un caballero solo
se encuentra con dos mujeres,

aunque el compromiso es grande
prueba á ver si las convence.



Pero al fin rompe por todo
y pues, como él es más fuerte,

elige de las dos, una,
y se va tranquilamente.

Un sueño



—Señora, en la portería
está un señor aguardando.
—Pues dígame usted que suba,
porque yo también le aguardo.



—¡Cielos! Esto no puede ser, aquí debe haber
algún cruce. ¡Maldito teléfono! ¡Pues no dice que si
me acuerdo del beso que me dió anoche?... ¡Ah, sí,
está usted dispensado! ¡Caramba, pues me había
tomado por mi mujer!

Con el permiso de ustedes
y contando que no cansa
lo que digo, explicaré,
sin quitar una palabra,
cierto sueño que he gozado
la *nochecita* pasada.
(Lo pongo en diminutivo,
que si hay noches toledanas,
como la mía fué buena,
fué muy corta en vez de larga).
Soñé... ¡Qué sueño más dulce!
Se me hace la boca agua...
Soñé que llegaba al tálamo
dándole el brazo á una dama,
y contándole ternezas,
mientras abría su alma
y me hacía confidente
de sus sueños y esperanzas...
—Ya eres mío...
—Ya eres mía...

—Cuánto tiempo...
— Cuántas ganas
de tenerte aquí, á mi lado...

—Yo lloro... Sí, sí, unas lágrimas
completan aquel idilio,
mientras se quita las faldas,
y yo me quito el chaqué.
(Tamb én tengo *prendas* caras,
que yo sé lo que me cuestan,
lo que me cuestan pagarlas...)
Se despojó de la blusa,
y una camisa bordada
me recordó aquel escudo
que dice:— *Delente bala*.
Se fué quitando la ropa,
y al llegar á las enaguas...
—Que me da mucha vergüenza,—
me repetía la dama.

—No me mires, no me mires...
—Si no te miro, mi alma.

Si estoy como aquel Don Diego:
Pendiente de tus palabras
ó bien como dijo el otro:
Visión celestial que encanta...

Vaso que encierra perfumes,
que subyugan y entusiasman,
á cuyos bordes me asomo
para aspirar su fragancia,
y beber y emborracharme
hasta que dijese basta..

Pero todo ha sido sueño,
y al llegar esta mañana,
todos decían al verme:
¡Camará, valiente cara!

La pescadora

LA bellisima Inés salió de su casa una mañanita del mes de abril. Y armada con caña y anzuelo, se dirigió al río con objeto de pescar algo.

Varias veces hubo de volver la cabeza creyendo percibir pasos detrás de ella; pero convencida de que nadie la seguía, sentóse sobre una escalera de madera que había en la orilla del río y con una paciencia digna de mejor suerte, pasó un buen rato sin soltar la caña y sin dejar de observar la bolita de corcho que se balanceaba sobre la suave corriente.

De pronto, notó que había picado algo, tiró con fuerza y el anzuelo se resistió, sin duda por haberse enredado. Inés hizo un gesto de impaciencia; pero demostrando que servía para pescadora, se conformó con lo que le había pasado y comenzó a desnudarse para meterse en el agua y desenredar el enredo.

¡Qué lindo cuadro... y qué tentadoras pantorrillas, las de aquella muchacha! La escena empezaba á ser interesantísima.

Inés volvió á mirar en todas direcciones, y al convencerse de que seguía sola, siguió quitándose la ropa, presentándose á los pocos momentos luciendo sus arreatadores encantos.

—¡Ea, al agua!—murmuró la bella.

Y al sumergir su cuerpo en el río se quedó más fría que el mármol... pero no por efecto del agua, sino porque entonces había llegado hasta ella un ruido especial en el ramaje donde sin duda había algún pillo observándola, para después sorprenderla.

La pescadora quiso salir del agua más aprisa que corriendo; pero en aquel instante apareció entre unos árboles el hijo del alcalde y vestido y todo como estaba se lanzó al río, cogiendo entre sus brazos el cuerpo de la asustada muchacha.



Aquella noche bailó Inés con el chico de la primera autoridad local, en la plaza del pueblo, probando así que no le había guardado rencor por el susto... ni por nada de lo que ocurriera después.

Y la muchacha siguió pescando; el anzuelo creo que se siguió enredando, y el tuno del mozo parece que la siguió... observando.

El asunto es que Inés siguió demostrando que servía no sólo para pescadora, sino para pescada.

SABIO SALIDO



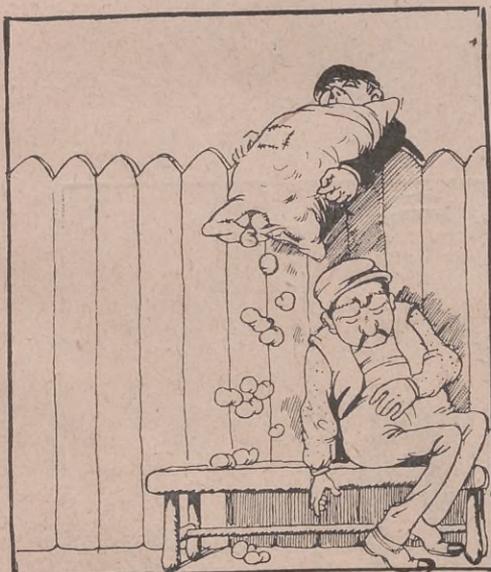
Llueven patatas, por Etcétera



—Ahora que duerme le quito el saco.



—¡Concho y cómo pesa el condenaol!...



—Mía tú que es rarc. Ahora parece que pesa menos.



—¡El diluvio!

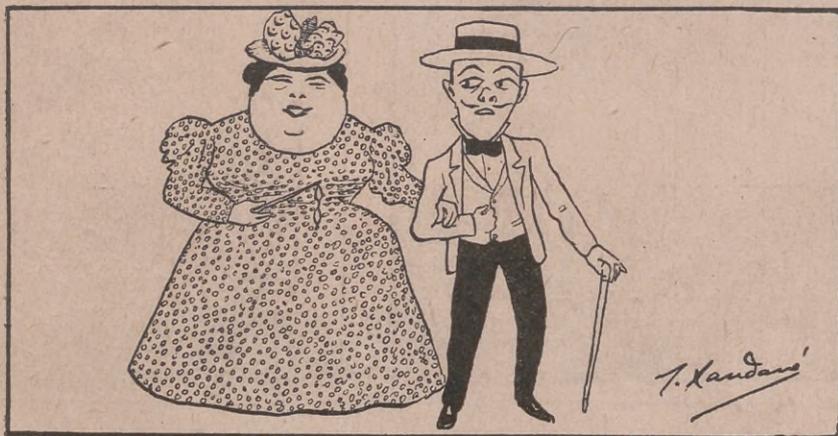
Proposición

Á UNA VIEJA SOLTERONA

Cumpliendo con el encargo
que ayer me ha dado su abuelo,
de que pusiera un anuncio
en un periódico bueno,
que dijese estas palabras
sobre poco más ó menos:
«Una joven muy bonita
quiere ver hombres solteros
que, aunque pobres, sean honrados,
porque ella tiene dinero
para casarse con uno.
Darán razón al momento
en la calle de las Tapias,
número doce, tercero.»
Y como usted se ha empeñado
que ésta su casa sea el centro
de proporcionar á usted
un marido que sea bueno,
y que además yo le diga
por tarjeta, con secreto,
quiénes pudieran gustarme
más, entre todos aquéllos,
cual con las amas de cría
suelen aquí hacer los médicos;
la he mandado á usted ya varios,
uno cojo y otro memo,

otro manco y jorobado,
y, por fin, uno que es tuerto.
Este dice que es usted
lo más horroroso y feo,
que pudo ver en el mundo
(con tan sólo un ojo bueno),
¿conque si tiene los dos?...
¡del susto se hubiera muerto!
Los demás todos decían,
cuatro cuartos de lo mismo;
así, que quiero expresarla
francamente mi deseo,
y es, que yo estoy á sus órdenes
para todo, todo... menos
para casarme, que en caso
de que usted quisiera hacerlo,
ha de ser á condición
(sin la que yo no lo acepto),
de que antes de quince días
se ha de tomar un veneno,
marchándose para siempre
más allá del *quinto infierno...*
y dejándome á mí solo
sus bienes y su dinero.

F. OLTRA DALMAU



Unos dicen que los baños engordan y otros aseguran que enflaquecen.
Y este matrimonio afirma las dos cosas.



Una joven inglesa, que pronto vendrá á España con objeto de contraer matrimonio con un chico que reuna estas tres condiciones: Rico, guapo y talento.
Ya verán ustedes como pasa de largo.



El chico de la tienda Juan Velarde,
en traje de domingo por la tarde.

AMOR

Te adoro con la necia locura de los celos.
Confieso que egoísta será tal vez mi amor.
No niego, vida mía, que labré tus desvelos
queriéndote y queriéndote con incansable ardor.

Pero oye; de este modo demuestro claramente
que sólo tú compones mi espíritu y mi sér;
que tú eres alma y vida del hombre que vehemente,
recibe en tus miradas abrazos del placer.

Que tú eres alma y vida de mi febril locura,
que de tu voz recibí la música ideal...
que anhelo de tus brazos la plácida clausura,
donde mi amor encuentra sabroso manantial.

Donde mi amor quisiera librar la última gota
del néctar que produce dulcísima embriaguez,
y luego que mi lira cayendo á tus pies rota
cantase a tu solemne pagana desnudez.

Quisiera en el exceso de mi cariño santo,
ser dueño de los orbes, del sol y de la mar,
del viento, y de las nubes que truenan con espanto,
para ante el mundo entero ponerte en un altar.

Entonces mandaría que los profundos mares
sus arpas melodiosas tañasen en tu honor;
que el céfiro arrullase tu altar con sus cantares,
y el sol te coronase con vivo resplandor.

Y si preciso fuera que de dolor mis huesos
crujiesen, y cadenas tuviese que arrastrar;
regadas con mi llanto, labradas con mis besos...
que por tu amor, cien vidas que tuviera, había de dar.

LUIS ESTESO Y LÓPEZ DE HARO



También el pato y la pata, tienen su corazoncito

LA REPÚBLICA

Es un hermoso cromo á doce colores, que mide sesenta por ochenta y dos centímetros, pudiendo presentarse como un elegantísimo cuadro.

Precio: dos pesetas, franco de portes, que pueden remitirse en sellos de correo.

TRES GLORIAS REPUBLICANAS

Este precioso cromo, que en la actualidad está alcanzando gran éxito, mide setenta y siete por cincuenta y siete centímetros, al precio de una peseta cincuenta céntimos, franco de portes, que pueden remitirse en sellos de correo.

ALEGORIA Á LA LIBERTAD

Hermoso cromo que mide setenta y siete por cincuenta y siete centímetros.

Precio: una peseta cincuenta céntimos, franco de portes, que pueden remitirse en sellos de correo.

RETRATO DE SALMERÓN

Magnífico cromo, que puede competir con un cuadro al óleo, y que mide sesenta por ochenta y dos centímetros.

Es sin disputa el más acabado y parecido de cuantos hasta la fecha se han publicado.

Su precio es el de una peseta cincuenta céntimos ejemplar, franco de portes, que pueden remitirse en sellos de correo.

Pueden adquirir éste y los antedichos cromos, los suscriptores y lectores de CHICHARITO, dirigiéndose á esta administración, calle de Provenza, 266, Barcelona, á nombre de ROMÁN GIL.—Editor.

Piripitipi

Tenemos colecciones completas, ó sea el año que se ha publicado este semanario.

Dicha colección forma un precioso tomo, con profusión de grabados, cuentos alegres, versos é historietas festivas.

La colección, que consta de cincuenta y dos números, sin encuadernar, **3 pesetas.**

Encuadernada con elegantes tapas en tela, **4.50 pesetas**, franco de portes, que pueden remitirse en sellos de correo.

Han quedado puestas á la venta las elegantes tapas para encuadernar el tomo que forman los cincuenta y dos números de *Piripitipi*.

El precio de cada una de dichas tapas será el de una peseta veinticinco céntimos, franco de portes, que pueden remitirse en sellos de correo.

También puede servir colecciones en Madrid, don Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería, y los demás corresponsales de provincias.

CHICHARITO

Precios de suscripción:

Un año	pesetas	5'50
Semestre	»	3'00

Redacción y Administración: Provenza, 266, bajos - Barcelona